

Amor, 8 de mayo 1936

Queridísimo Josefina mía: Ayer he recibido tu carta, y ha sido tanta mi alegría al ver dentro de ella la corbata que me has hecho que he estado a punto de volverme loco, más de lo que tú sabes que lo estoy, y tener que meterme en el manicomio de tu pueblo. Cuando llegué a mi casa, me dijo la portera: ahí tiene usted una carta certificada. A mí me sorprendió mucho y me apresuré a ver de quien era la dichosa carta. Entré en mi habitación y darme en la mano el olor que siempre tiene tu papel todo fue mío. Yo no podía pensar que fuera la corbata lo que venía dentro de la carta y la ahí con gran sorpresa. ¡Viva, viva! Guapa de mi alma, me revolví cuarenta veces en la cama de alegría y mandé que me la plancharan inmediatamente. Por la tarde, cuando volí de mi oficina, fui a ver a mis amigos y les decía muy orgulloso, enseñándoles la corbata que me había puesto: he la acaba de mandar mi novia. Me acordaba que has sido tan rápida en contestarme, pero adorada, aunque tú no te lo crees. Yo hubiera querido no llevar en tu carta esas cosas feas que me pones. ¡Viva, viva! Si me lo dices para hacer mi amor propio, te lo perdono, pero si me lo dices porque verdaderamente

mente crees que no estoy tan animado como
tú, no. Me dices que cuesta poco decir que
te quiero, pero tú no sabes - o lo sabes, y te
lo callas discretamente - que a mí me cues-
ta menos hacerlo, es decir, quererte. En el
fondo me gusta que dudes de mi cariño, pro-
que eso te hará estar un poquito, o un mun-
dito, celosa y más preocupada de mí; Como
recibes tan temprano las cartas ahí? ¿Es que
para el tren de Madrid (por ahí) a esa hora?
A veces me extraña de que lo que te dije
que te había mandado la carta el martes o
el miércoles es verdad. ¿Como mucho con
mentirte. Me importaría poco decirte que
no te había escrito antes por no tener tiempo,
por o no tener ganas y en paz. Sin carta,
la que yo esperaba desde el viernes, me llegó
lunes y no domingo como tú crees. No quiero
que dudes de mí tan tantamente. No qui-
siera decirte nada, Josefina, Josefina, Jose-
fina, que me haces padecer y me llevas la
contraria hasta por cartas. No me ha ocu-
rrido otra cosa que separarme de ti y venir
de nuevo aquí para desear irme cerca,
y si pudiera, al mismo pueblo donde tú
estás, de ti, maliciosa mía. Ahora parece
que estoy un poco más tranquila, pero todo

desde que he recibido tu corbata mía, que
me sienta muy bien. No hace el ruido tan
pequeño como tú te crees, sino bastante gran-
de, y no quisiera tenerlo muy usado para
cuando vaya a verte, que espero ha de ser
muy pronto, y me lo ves puesta. Estoy
muy satisfecho de ti, que te has acordado
de aquel deroo mío y me da mucha tris-
tera acordarme de que yo no puedo com-
parte la pulsera que tú preferías. Aun-
que me parece milagro el haber recibido la
corbata en la carta, tan doblada y blan-
ca y bonita. No dejo de besar la rosa que
me mandas en partes, aunque a veces se
me cae al suelo al sacar el pliego y los
besos que tú has puesto sobre el pétalo se
borran como la tierra. La misma tarde del
día que te escribí recibí carta de ese amigo
mío de Alicante, que me dice espera una oca-
sión de poder hacer lo que yo quiero. Natu-
ralmente, morena, tonta, guapa, fea y
loca Josefina mía de mi alma, no me irá
si he de ganar menos y ha de ser una cosa
poco segura. Haré lo que yo quiera, pero
aconsejando por ti, hermosa que adoro. Tienes
siempre muy pocas esperanzas, y me quitas de

esa manera las que tengo yo. No digas que
que va a parar, mucho tiempo antes de que
nos veamos juntos todos los días, porque me
mecho a desesperar, aunque me faltan ganas
como tú crees. No quiero que mees con un
fantasma mío, te lo prohibo terminante-
mente; guárdete todos tus sueños para cuando
me tengas a mí de verdad y puedas volver de
verdad conmigo. Estoy que ardo de ver
que todavía no he recibido los retratos aque-
llos, aunque me han escrito diciéndome
que me los van a mandar, y los que me han
hecho a mí ampliados y todo. No sé si
podré mandarte lo mío, porque ya recordar
rías que te dije, Josefina, que dos de ellos me
los habían hecho en el cementerio y no sé
cómo estare. Si ves que son demasiado fi-
nebles no te los mando por nada del mundo
y me haré uno aquí en el que esté untran-
dote como tú me pediste por presencia, ver-
dad? Viviremos otra vez y más felices que
nunca, Josefina, en esa Dülmeña que tú
sueñas conmigo y que yo sueño contigo. Cree
no dejes de creer en mí, que solo te quiero
a ti y que en este momento acabo de besar el
último pétalo recibido de tu corazón, digo,
de tu voz con la esperanza de besar tus labios pronto.